

SERIE
AMÉRICA INDÓMITA

REBELDES, RESISTENTES Y MARGINALES



Fran Zabaleta



GUAROCUYA

EL TAÍNO QUE DERROTÓ AL
IMPERIO ESPAÑOL

AMÉRICA INDÓMITA
(Rebeldes, resistentes y marginales)



GUAROCUYA

El taíno que derrotó al Imperio español



Fran Zabaleta

*Este es para Manu, maestro en rebeldía,
experto en resistencia.*

*La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se
piense al revés.*

Antonio Machado

© Fran Zabaleta, 2020

Título

Guarocuya. El taíno que derroto al Imperio español

Primera edición: noviembre 2020

Colección

América Indómita 1

Editorial



Rúa Troncoso 4, 2º
36206 Vigo

ISBN: 978-84-949646-8-8

La editorial Los Libros del Salvaje defiende que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Reprográficos: cedro.org.

ÍNDICE

Prólogo

Una historia incompleta	11
-------------------------------	----

Guarocuya

El taíno que derrotó al Imperio español	17
1	19
2	35
3	45
4	63
5	73

Los otros Guarocuyas

Rebeldes en las islas del Caribe	85
6	87
7	97

Notas bibliográficas	103
----------------------------	-----

Sobre mí	105
----------------	-----

Extra. Historias para disfrutar con la historia

El descubrimiento que nos convirtió en seres humanos ...	109
--	-----

Antes de que te vayas	125
-----------------------------	-----

PRÓLOGO



Una historia incompleta

La conquista de América fue un proceso trascendental en la historia, tanto por la forma en que se desarrolló como por las enormes consecuencias que de ella se derivaron. La exploración y conquista del inmenso territorio americano nos legó hazañas asombrosas, gestas épicas y lances sobrecogedores, y también episodios de una violencia tan brutal como despiadada.

Muchos de estos sucesos han quedado incrustados en nuestra memoria colectiva; asombran, fascinan o repugnan por igual a cada nueva generación, algo que ha sido posible debido a que los protagonistas y contemporáneos de la conquista fueron conscientes desde el primer instante de la envergadura y la significación de cuanto estaban viviendo y se preocuparon por contarlo. A menudo, los mismos que avanzaban por la selva con el morrión en la cabeza y la cruz y la espada en las manos escribían después relaciones de sus empresas, convencidos de que iban a pasar a la historia y preocupados porque esta les juzgara favorablemente. Tan abundante material ha hecho posible que legiones de histo-

riadores hayan analizado e interpretado cada peripecia hasta conformar una extensísima bibliografía.

Sin embargo, la indudable magnitud de la conquista y la atención prestada a sus principales acontecimientos, sobre todo el desmoronamiento de los imperios mexica e inca, han ocultado algunas realidades incuestionables y han tergiversado los hechos.

Uno de estos hechos tergiversados es la extensión del dominio español. El mero enunciado, conquista de América, es falso, pues nos induce a pensar que la totalidad del inmenso territorio americano fue sometido al dominio español o al portugués. En realidad, enormes extensiones de América no fueron nunca conquistadas. El tamaño del continente es tal que difícilmente podría haber sido de otro modo. Así, por ejemplo, los vastos territorios de América del Norte permanecieron en su mayoría vacíos de europeos hasta varios siglos después, y muchas selvas tropicales y ecuatoriales de América Central y del Sur nunca vieron a un español, pues sus espesuras, su extensión, la dureza de su clima y las enfermedades propias de estas zonas eran tales que impedían ya no la conquista, sino siquiera la exploración, más allá del curso de los grandes ríos. Asimismo, los españoles nunca se extendieron por la mayor parte de la Patagonia o el Gran Chaco, territorios que los pueblos originarios siguieron dominando parcial o completamente hasta el siglo XIX.

Hay más. Incluso en las zonas incorporadas a Castilla o a Portugal y efectivamente ocupadas, la presencia de los conquistadores se circunscribía por lo general a los escasos núcleos de población. En estos territorios los españoles y los portugueses imponían sus leyes, su religión y sus costumbres, pero su área real de dominio e influencia era muy limitada. En la mayor parte del territorio americano ocupado, los conquistadores se concentraban en estos núcleos de po-

blación y mantenían un dominio formal sobre el resto. El número de europeos, incluso en los momentos de mayor poblamiento, fue muy limitado, y, pasadas las iniciales fiebres del oro, estos no tenían mayor interés en internarse por regiones para ellos insalubres y salvajes. Comunidades enteras de indígenas americanos permanecieron al margen de la conquista y la colonización y siguieron viviendo según sus costumbres ancestrales.

Pero no solo se han tergiversado hechos como la extensión real de la conquista. También se han ocultado acontecimientos, a veces de forma involuntaria, debido a que la atención se vuelca de forma natural en las grandes conquistas, y otras de forma intencionada, para evitar el menoscabo de los vencedores.

Hoy, cualquier escolar ha oído mencionar a Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Francisco Pizarro o Vasco Núñez de Balboa. Sin embargo, muy pocos pueden identificar a Guarocuya, Lautaro, Tupac Amaru o Makandal, por citar solo a un puñado de los cientos de rebeldes que osaron enfrentarse a los conquistadores y, en algunos casos, incluso consiguieron derrotarlos. Si los españoles protagonizaron hazañas asombrosas en América, los naturales del continente no se quedaron atrás y se resistieron a la conquista, a veces durante siglos, con una firmeza y una tenacidad hoy injustamente olvidadas.

Frente a la América colonizada existió otra América habitada por pueblos que jamás se rindieron, nativos que se alzaron una y otra vez contra el opresor, esclavos fugados que crearon sus propios mundos ocultos en selvas y montañas e incluso europeos que se rebelaron contra las autoridades establecidas y eligieron vivir sin reglas, libres, independientes y salvajes. Ellos forman la América indómita, la de los rebeldes, resistentes y marginales que plantaron cara a los conquistadores o, sencillamente, los ignoraron.

El propósito de esta colección es dar a conocer algunos de los episodios de esta lucha desigual, ceder un espacio a los rebeldes, a los que resistieron al invasor y a los que huyeron del mundo.

Desconozco qué se estudia en las escuelas de los países americanos sobre estos hechos, pero sí conozco muy bien el currículo escolar español, y en él se pasa muy por encima por la conquista. Se mencionan —solo eso, simples menciones— el descubrimiento, los hechos más destacados de la exploración de América y las conquistas de los imperios mexica e incaico, pero poco más. Se consignan los nombres de Colón, Hernán Cortés, Francisco Pizarro y algunos mas, pero ahí acaba el estudio de la etapa y se pasa directamente a exponer dos generalidades sobre la colonización y la administración de América. Se prefiere hacer hincapié en los grandes descubrimientos geográficos o en los nuevos productos que Europa y América intercambiaron, cuestiones ambas mucho menos conflictivas.

Eso es todo. La historia de la conquista en sí, con sus violencias y sus polémicas, sencillamente se ignora, en parte por el escaso atractivo que hoy tiene hablar de opresión y conquista de otros pueblos (afortunadamente), y en parte porque la magnitud del currículo escolar impide mayores extensiones.

La consecuencia directa es que una gran parte de los adultos españoles (todos aquellos que no se hayan informado por su cuenta sobre la cuestión) apenas tienen una muy vaga idea, hecha en gran medida de lugares comunes —y a menudo con gran carga ideológica, sea del tinte que sea—, sobre los sucesos americanos.

Con estos mimbres, es comprensible que la otra parte, la historia de los rebeldes, resistentes y marginales americanos, sea completamente desconocida.

Prólogo

Sin embargo, se trata, en mi opinión, de hechos profundamente interesantes, en sí mismos, por su carga épica y vital, y porque son el contrapunto necesario a la historia oficial. Porque ninguna historia está realmente completa si no se conocen todos los hechos, como no está completo un tapiz si le faltan hebras.

Con este afán comienzo esta colección, «América Indómita. Rebeldes, resistentes y marginales», en el que cada volumen estará dedicado a uno de esos episodios desconocidos de la historia americana.

Solo espero que disfrutes con la lectura y que esta te sirva de acicate para convertirte tú mismo en explorador de nuestra común historia. Porque solo conociendo lo que ha pasado podemos entender lo que está pasando.



GUAROCUYA

El taíno que derrotó al Imperio español





1

Yaguana, isla de Haití, otoño 1503

«Nos han roto el mundo...».

Las palabras de su padre le vienen a la cabeza sin que sepa muy bien por qué. Se detiene y se seca el sudor de la frente con el antebrazo. A su alrededor, el partido de batú está en su apogeo. Los chiquillos y las chiquillas de la aldea corren tras la pelota de goma, luchan por mantenerla en el aire dándole golpes con los hombros, los codos, las caderas, cualquier parte del cuerpo sirve salvo las manos, mientras tratan de evitar que el equipo contrario se haga con ella. La algarabía llena el aire de chillidos de emoción mientras niños y niñas corren alegremente de un lado a otro del batey, el campo de juego ceremonial.

El sol está en lo alto y la brisa del mar acaricia la piel desnuda. Guarocuya suele ser el primero en correr tras la pelota: le encanta el juego. Sin embargo, este día no logra concentrarse. Varias veces ya ha fallado un pase sencillo o un golpe fácil y en dos ocasiones ha dejado caer la bola al suelo, lo que supone que su equipo pierda un punto cada vez.

En otras circunstancias se habría llevado más de un abuceo, pero esta jornada andan todos un poco distraídos. Por una vez, el juego del batú no acapara la atención. En realidad no se trata de un encuentro ceremonial, ni siquiera de un entrenamiento, eso es cosa de jóvenes y no de niños, lo único que hacen es matar el tiempo mientras esperan.

Alrededor del batey el poblado bulle con una actividad nerviosa y expectante. Desde donde se encuentra, Guarocuya puede ver la vivienda de Anacaona, la cacique principal de Jaragua, que ha heredado el cargo tras la muerte de su hermano Bohechío. El caney de la cacique es una gran estructura circular de madera con un techado de paja que se apoya en un poste central. Se usa como domicilio familiar de los caciques, pero también es el gran templo ceremonial del poblado de Yaguana y el lugar en el que se va a celebrar el encuentro de aquel día.

Anacaona todavía no ha hecho su aparición, pero el espectáculo a la entrada del caney es de los que pocas veces se pueden contemplar. Todos los caciques de Jaragua han acudido con sus cortejos de nitaínos, sus familiares y principales, y la plaza central del poblado es un hervidero de voces y urgencias.

Guarocuya nunca ha visto tanta gente reunida en un mismo lugar. Los caciques menores charlan con grave dignidad, ataviados con sus túnicas de algodón y plumas y con las joyas que llaman guanín, de cobre y oro, que solo pueden portar ellos, colgando de sus cuellos. A su alrededor, criados y sirvientes se apresuran con los preparativos de la fiesta que está a punto de comenzar: unos ultiman el banquete, otros preparan el caney para recibir a los esperados visitantes, otros atienden a los caciques y sus cortejos.

Al pensar en quiénes son los invitados de aquel día, Guarocuya siente que le sacude una corriente de excitación.

Guarocuya

«Nos han roto el mundo», dice de ellos su padre, pero él no acaba de entender sus palabras. Solo tiene siete años y los extranjeros llegaron a su tierra hace once, por lo que están allí desde antes de su nacimiento. Sin embargo, Guarocuya casi no ha tenido ocasión de verlos, pues vive en la única zona de la isla que no dominan todavía. Solo en una ocasión los ha tenido delante, unos días atrás, cuando cuatro de ellos se presentaron en su casa para entrevistarse con su padre, Magiocatex, y preparar el encuentro de este día. Guarocuya no pudo asistir a la entrevista porque es demasiado joven, pero los vio llegar subidos a las grupas de aquellos enormes animales, los caballos, y se quedó fascinado por sus pelambreras crecidas y enredadas, las mejillas ocultas tras las barbas, los cuerpos cubiertos por corazas que semejan caparazones de tortuga pero que son, se dice, mucho más duras, de una sustancia extraña que llaman acero y que refulge al sol hasta dañar la vista. La simple visión de aquellos seres fieros, sudorosos y malolientes, con sus espadas y sus grandes perros alanos, le provocó un estremecimiento en el que se mezclaron a partes iguales el horror y la curiosidad...



Guarocuya, vástago de una estirpe de caciques principales, sabe que los forasteros son incluso más feroces que los mismísimos caribes, los tradicionales enemigos de los taínos. Sabe que son poderosos y terribles. Desde recién nacido ha oído hablar de ellos con temor reverencial. Cuando llegaron, Guacanagarix, el cacique de Marién, los confundió con seres llegados del cielo y los recibió con gran cortesía. Pronto, no obstante, se pusieron de manifiesto sus violencias y sus abusos.

Los extranjeros han sometido la mayor parte de Haití, que ellos llaman ahora «La Española». Uno tras otro se fueron apoderando de cuatro de los cinco grandes cacicazgos en que se organiza la isla. Guarocuya sabe que el territorio de Jaragua, gobernado por su tía Anacaona, es el único que permanece libre.

Muchas veces le han contado la historia de su tío Caonabo, hermano de su padre y esposo de Anacaona, supremo cacique de Maguana.

Él fue el primer taíno que osó enfrentar a los recién llegados, el que atacó el fuerte que llamaban «de Navidad», en el que se habían quedado treinta y nueve de los extranjeros mientras los demás regresaban a sus tierras. No fue traición, sino justicia, pues los recién llegados, pese a la cordialidad con que eran tratados, se dedicaban a organizar expediciones para secuestrar a mujeres y conseguir oro.

Muchos celebraron la acción de Caonabo y pensaron que se habían librado de un peligro cierto, pero pronto comprobaron que la pesadilla no había hecho más que comenzar. El cacique de los forasteros, Cristóbal Colón, no tardó en regresar, y cuando lo hizo vino con muchas más canoas y hombres y mujeres y fundó poblados como La Isabela, desde los cuales comenzaron a tratar con brutalidad a los nativos, a capturarlos como esclavos y a exigirles tributos en oro.

Fue entonces cuando comprendieron que aquellos forasteros del otro lado del mar tenían intención de quedarse. Caonabo consiguió formar una gran alianza con tres de los otros cuatro grandes caciques para atacar La Isabela y expulsarlos de la isla. Sin embargo, Guacanagarix, el cacique de Marién, el primero que los recibió cuando arribaron y el que los confundió con dioses, sabía lo que podían hacer las armas de los extranjeros y tuvo miedo. Acudió a Colón, le aseguró que él y sus gentes les eran fieles y lo informó de los planes de los coaligados.

La traición de Guacanagarix fue decisiva. Colón ordenó a uno de sus hombres, Alonso de Ojeda, que capturase a Caonabo. Ojeda se internó con otros nueve hombres en el territorio de Maguana, del que era cacique Caonabo. Este estaba muy bien protegido y contaba con numerosos guerreros, así que Ojeda ideó un ardid para capturarlo. Fue a visitar al cacique y simuló ofrendarle, como muestra de gran respeto, unas esposas y unos grillos de latón, un metal que los taínos tenían en mucha estima porque era desconocido en sus tierras. Ojeda le aseguró a Caonabo que eran un presente de Colón y que los caciques de su país solían adornarse con ellos. Después le indicó que ambos debían acudir a un río cercano, donde él mismo le pondría las esposas y los grillos y lo montaría en un caballo para que sus hombres pudiesen aclamarlo. Caonabo no sospechó nada: estaba en su propia tierra, contaba con la protección de cientos de guerreros y la idea de montar en uno de aquellos extraordinarios animales debió de ser muy tentadora. Acudió al río y allí Ojeda lo subió a la grupa de una cabalgadura, le puso las esposas y los grillos, cogió las riendas y guio al animal, alejándose, mientras fingía que daban un paseo. En cuanto se hubo distanciado un poco, subió a su propio caballo y él y sus hombres emprendieron el galope, de regreso a La Isabela, con Caonabo prisionero.

El niño Guarocuya conoce estos hechos y lo que pasó después. Sabe que Caonabo murió cuando los extranjeros lo metieron en una de sus grandes canoas para llevárselo a su tierra y presentárselo a sus caciques, que llaman reyes, y el barco se hundió debido a una tormenta. Sabe que, al enterarse de la captura de su líder, los demás caciques aliados emprendieron camino hacia La Isabela con la intención de derrotar a los extranjeros y que Colón les salió al paso con doscientos de los suyos, veinte caballos, veinte perros de pre-

sa y unos cuantos cientos de taínos traidores aportados por Guacanagarix.

Ambos ejércitos se encontraron en el interior de la isla, en un territorio que después se llamaría Vega Real. Allí, dos años y medio después de la primera llegada de los diablos extranjeros, se produjo la batalla decisiva. A Guarocuya le han dicho que los taínos eran más de cien mil, pero la visión de los arcabuces, las ballestas, los caballos y los perros de presa, que los suyos no conocían, pues solo contaban con perrillos mansos de pequeño tamaño, causaron estragos, provocaron el pánico y consiguieron que los taínos huyeran con el terror en el cuerpo.

Todo esto sucedió antes de que Guarocuya naciera, pero lo ha oído contar una y cien veces. Tras el enfrentamiento en la Vega Real, la mayor parte de la isla se sometió a los extranjeros.

Menos Jaragua, gobernada por su tía Anacaona. Esta había estado casada con Caonabo. Tras su captura y muerte, abandonó el cacicazgo de Maguana y se refugió en el de Jaragua, que estaba al mando de su hermano Bohechío. Tras la muerte de este el año anterior, ha heredado el gobierno del territorio.

Guarocuya sabe todo esto y mucho más. Sabe que los extranjeros, que llaman españoles, construyen grandes chozas de piedra que ni los más terribles huracanes pueden tirar abajo, que navegan en barcos tan altos como acantilados y que adoran a otros dioses, unos dioses a los que les disgustan los cuerpos desnudos, y que por esa razón los extranjeros se ocultan tras gruesas ropas pese a que el calor tropical les haga sudar continuamente. Sabe que están obsesionados por el caona, el oro, y que para conseguir esa piedra amarilla son capaces de las más viles atrocidades, que esclavizan a pueblos enteros y los fuerzan a trabajar en sus minas hasta caer

mueren de puro agotamiento. Sabe que por todo Haití las gentes mueren a puñados y que muchos escapan a las montañas, abandonando cuanto conocen, para librarse de los diablos de más allá del mar.

Todo esto lo sabe Guarocuya y, sin embargo, no puede reprimir su curiosidad, porque para él cuanto le han contado son simples historias, tan fantásticas y asombrosas como la del pájaro celeste Inriri, que talló a las mujeres, o la de la cueva mágica de Cacibajagua, de la que surgió el mundo. Con la diferencia de que los españoles están allí, los ha tenido delante. ¡Y son tan distintos de cuanto conoce! La sola perspectiva de verlos basta para llenarle el estómago de cosquillas.



Un revuelo repentino le saca de su ensimismamiento. Echa un vistazo al camino, pero la muchedumbre que se agolpa en la plaza le impide ver más allá. Desvía la mirada hacia el caney de Anacaona y descubre que la cacique acaba de hacer su aparición en la entrada, vestida de forma ceremonial con una nagua hasta los tobillos, el torso desnudo y adornada con pulseras, brazaletes, collares y amuletos.

Al contemplarla, Guarocuya siente que le recorre una corriente de orgullo. Los mayores dicen que su tía es muy hermosa. Él nunca se ha parado a pensarlo, es simplemente su tía, pero este día ve algo en ella en lo que nunca hasta entonces se ha fijado y que ni siquiera sabría definir. Es un no sé qué en su porte, en la dignidad de su apostura, que la hace resplandecer.

—¿Qué pasa? —sujeta por el brazo a un sirviente que pasa a su lado.

—¡Los españoles! ¡Han llegado los españoles!

Guarocuya corre hacia el camino, se cuela entre los cuerpos de los presentes sacudido por la excitación, ansioso, hasta que consigue verlos: una tropa armada, cientos de hombres con corazas, espadas y morriones que avanzan pesadamente bajo el sol del mediodía, haciendo retemblar el mismo suelo. El chiquillo nota que alguien pone una mano en su hombro y sabe, sin necesidad de volverse, que es su padre Magiocatex, pero apenas le presta atención, demasiado excitado por aquella visión espeluznante.

—Ese de ahí es don Nicolás de Ovando —dice su padre mientras señala a un hombre ya mayor, de unos cuarenta años, que avanza al frente de la columna.

Se fija en él. Tiene un semblante autoritario, la nariz larga y la barba espesa, la barbilla alzada. Bajo el sombrero emplumado, sus ojos negros observan el poblado con atención, escrutándolo todo a medida que avanza.

Por un instante, sus miradas se cruzan. Guarocuya traga saliva. Su padre dice que aquel hombre es el cacique de los extranjeros. El jefe de aquellos que han roto el mundo.

Se estremece.



Un círculo de hombres y mujeres, vestidos con sucintos taparrabos y entrelazados por los brazos, danza al ritmo del mayohabao, el gran tambor confeccionado con un tronco ahuecado. Las maracas y las flautas se mezclan con las voces de los danzantes, que repiten una y otra vez los versos que recita uno de ellos. El canto tiene un poder hipnótico, que evoca el ritmo de las mareas y se mete bajo la piel. Es el areíto, el ritual sagrado que este día se celebra en

Guarocuya

honor de los huéspedes. Los versos desgranar la historia de los taínos. Rememoran las andanzas de los cuatro gemelos que consiguieron el fuego, el cazabe y la cohoba, que sirve para fumar y para hablar con los espíritus, y provocaron la gran inundación del principio de los tiempos. Recuerdan cómo el Sol y la Luna escaparon del inframundo a través de la cueva de la Gran Serpiente. Explican cómo los niños llorones se convirtieron en ranas que croaban a las estrellas para producir la lluvia. Narran el viaje en canoa del primer cacique y la aventura del cemí Baibrama, que fue quemado durante una guerra y al que le crecieron de nuevo los brazos, los ojos y el cuerpo al lavarse con el jugo de yuca. Toda la historia de los taínos desfila ante los ojos de los presentes cada vez que se celebra un areíto, y de esta forma recuerdan de dónde vienen y ofrecen a sus huéspedes cuanto han sido y cuanto son.

Guarocuya se da cuenta de que algo no va como debería. Un areíto es una celebración festiva y alegre, pero este día flota en el aire una tensión extraña. Desde donde está sentado, el chiquillo puede ver las caras de los españoles y capta sus miradas. Dos de ellos, que visten de forma diferente de los demás, con unas túnicas negras que les llegan hasta los tobillos y cubren completamente sus cuerpos, tienen el gesto avinagrado, como si estuvieran masticando un bocado amargo. Su padre le ha dicho que esos hombres son como los behiques de los taínos, los hechiceros del pueblo extranjero, que ellos llaman sacerdotes. Los dos chamanes mantienen la mirada fija en la danza. La punta de sus lenguas se desliza inconscientemente por los labios entreabiertos. No apartan los ojos de los pechos de las mujeres que bailan, así que Guarocuya supone que hay algo en ellos que no les gusta, aunque no se le ocurre qué podría ser, pues son las muchachas más lindas del poblado, de talles gráciles y pieles

relucientes. El resto de los españoles tampoco aparta la vista de sus cuerpos. Los rostros barbados y sudorosos muestran esa misma atención reconcentrada, esos labios entreabiertos, pero no tienen el gesto avinagrado de los dos behiques españoles. Al contrario, sonríen bobaliconamente y se lanzan miradas unos a otros que les hacen reír como chiquillos retrasados.

Pero algo no va bien, Guarocuya puede sentirlo en la piel, como el viento frío que trae el presentimiento del huracán en un día soleado. El cacique principal, ese que su padre ha dicho que se llama don-nicolás-de-ovando, está sentado a la diestra de Anacaona. Permanece muy erguido en su sitial con expresión impasible.

No le gusta ese hombre. Tiene los ojos fríos y húmedos del cocodrilo en la ciénaga. Guarocuya se ha percatado de que, pese a su aparente impasibilidad, de vez en cuando lanza miradas a algunos de sus hombres y les hace gestos leves, disimulados. Nadie más parece darse cuenta, pero el chiquillo está seguro de que no se equivoca, y ha visto también cómo, cada vez que el cacique extranjero asiente, aquel que recibe la señal sale del caney sin llamar la atención.

El canto y la danza continúan. El ritmo se acrece a medida que los danzantes ingieren el uikú, la bebida fermentada que se hace con la yuca, y sus movimientos se tornan más convulsos, más frenéticos. Todavía está preguntándose cuál puede ser el motivo de esa tensión soterrada cuando intercepta un nuevo gesto de don-nicolás-de-ovando. Esta vez no es un asentimiento, sino un ligero toque en un colgante que tiene en el cuello. Sigue su mirada y descubre que en el otro extremo de la gran sala del caney uno de los españoles, un gigante pelirrojo de pobladas barbas, hace lo mismo con su propio colgante y comienza a retroceder hacia la entrada. Guarocuya no consigue resistir la curiosidad.

Tras echar un vistazo para cerciorarse de que su padre no se fija en él, va tras el extranjero.

El sol le golpea en los ojos. Parpadea para acostumbrarse a la luz mientras trata de no perder al gigantón, que se abre paso entre la muchedumbre de naborías que rodea el caney. Los naborías son los taínos humildes, que trabajan para los caciques y los nitaínos. Han llegado acompañando a sus señores desde todos los poblados de Jaragua para asistir al encuentro de aquella jornada con los extranjeros porque Anacaona ha dicho que se va a firmar la paz, que los propios extranjeros han pedido aquella reunión y que a partir de este día taínos y españoles vivirán en armonía en la isla de Haití como dos vecinos que se estiman y se respetan. Por eso muchos han acudido al pueblo de Yaguana, porque no quieren perderse algo así, quieren contarle a sus nietos que estuvieron con Anacaona cuando la cacique domó a los extranjeros llegados del otro lado del mar. Tanta gente llena la aldea que no hay forma de que quepan en el caney, y por eso muchos rodean el edificio para tratar de averiguar qué pasa en su interior.

Guarocuya se fija en que ya hay otros españoles fuera. Se hallan detrás de los naborías formando un grupo de cincuenta o más que los suyos dejan aparte con aprensión, aunque no pueden dejar de observarlos con curiosidad. Todos visten aquellas corazas que les dan aspecto de tortugas humanas y se cubren las cabezas con sombreros de acero. Sudan bajo el sol que relumbra en el metal, pero no parece preocuparles. Escupen al suelo, hablan en su lengua extraña y sujetan las traillas de sus grandes perros. Algunos mascan hojas de tabaco o fuman, una costumbre que han adoptado de su pueblo. Mientras el chiquillo les observa, el gigantón pelirrojo alcanza el grupo y dice algo a dos de aquellos hombres, que se adelantan para recibirle. Estos asienten y se vuel-

ven hacia el resto. Guarocuya no alcanza a oír lo que dicen, pero es algo breve, una orden que hace que los extranjeros comiencen a moverse. Los ve separarse y no tarda en comprender lo que están haciendo: rodean el poblado, desplegándose como un anillo alrededor de un dedo.

Todavía está preguntándose qué sentido tendrá aquello cuando el sonido agudo y estridente de una trompeta rompe el aire. Él no sabe qué es, solo que jamás ha escuchado nada igual.

En el interior del caney se detienen bruscamente los cánticos. El silencio que sigue es tan repentino que atraviesa la muchedumbre de naborías y se extiende como una onda.

Por unos instantes, los ruidos de la selva se apoderan del poblado. El canto armonioso de una cigua palmera flota en el ambiente y se mezcla con el rítmico golpeteo de un pájaro carpintero. Una cotorra sobrevuela un tejado de palma y desaparece en dirección al mar. Un perro ladra.

Se oyen gritos. Voces airadas. Un clamor brota por la puerta del caney. Guarocuya se arrepiente de haber salido al exterior, pues en este momento los naborías se agolpan ante la entrada y le impiden ver qué sucede.

Está tratando de deslizarse entre los cuerpos apiñados cuando se escuchan unos estampidos. La masa humana deja escapar el alarido de un animal herido y comienza a retroceder. Del interior salen lamentos y jadeos. La curiosidad y la extrañeza lo invaden. ¿Qué está pasando?

De repente, en la puerta del caney aparece Anacaona. Los ojos abiertos del muchacho observan a su tía, la mujer más poderosa de toda Jaragua, la compañera del legendario Caonabo, cacique e hija de caciques por incontables generaciones. Tiene el pelo y la nagua revueltas y el rostro desencajado, con una expresión de incredulidad, del más completo y puro asombro, que se incrusta en la memoria infantil de

Guarocuya. El chiquillo se da cuenta de que nunca va a olvidar este momento. Porque Anacaona avanza a trompicones, sus brazos sujetos con firmeza por dos castellanos que la empujan bruscamente mientras el resto de los extranjeros los rodea, unos con aquellas varas que llaman espadas en las manos, otros con los palos de fuego, los arcabuces, con sus mechas encendidas que despiden volutas de humo. Tras Anacaona aparece el cacique extranjero, don-nicolás-de-ovando, muy erguido, la expresión de furiosa determinación, acompañado de los dos hechiceros que parecen cuervos con sus túnicas negras.

Los naborías del exterior del caney, en el más incrédulo de los silencios, se van apartando para abrir paso a la comitiva. Nadie se atreve a abrir la boca. Nadie osa siquiera conjeturar lo que está sucediendo. El asombro es una gran boca que devora la razón. ¿Pues no les ha prometido Anacaona que este día se firmaría la paz, que el propio cacique de los españoles los ha convocado allí para estrechar lazos de amistad? ¿No han recibido a los españoles como huéspedes y les han ofrecido cuanto tienen? Nadie da crédito a que alguien pueda traicionar la hospitalidad recibida. ¿Qué está pasando?

Todavía está contemplando la escena cuando se da cuenta de que los gritos de la gente se mezclan con otro sonido mucho más terrorífico: ladridos. Furiosos, excitados, terribles. Los perros de los extranjeros no tienen nada que ver con los perrillos de los taínos. Si estos son criaturas pequeñas y dóciles, los de los españoles son fieras de gran tamaño y mandíbulas de piedra. Extrañado por la barahúnda, mira hacia atrás. Y entonces Guarocuya, que apenas es un chiquillo, nota una repentina humedad que le baja por las piernas y aprende qué cosa es el miedo.

Los españoles cercan el caney y a la muchedumbre que se agolpa alrededor. Unos sujetan las traíllas de los in-

mentos alanos, que ladran rabiosos y anhelantes. Otros portan arcos con flechas embreadas que, en aquel instante, proceden a prender en unas hogueras. Otros más tienen los arcabuces alzados, las mechas humeantes. El chiquillo comprende que van a atacar y abre los ojos, incapaz de creerse lo que ve.

Oye un fragor que le aturde los oídos. Las gentes gritan despavoridas. De la garganta de una mujer, a su derecha, brota una flor de sangre. La desdichada se lleva las manos al cuello, pero no llega a completar el movimiento: sus piernas le fallan y cae al suelo con una expresión de desconcierto en el rostro ensangrentado.

El mundo entero se torna de un carmesí intenso mientras Guarocuya se sumerge en una pesadilla. Percibe el olor del humo y el crepitar de las llamas. El techo del caney está hecho de paja reseca y arde con facilidad. Oye más disparos y ve que los alanos, liberados de las traíllas, se abalanzan sobre hombres, mujeres y niños. Los perrazos muerden sin compasión, hambrientos y brutales. Uno de ellos arranca un brazo de una chiquilla, que se queda contemplando su muñón sangrante sin poder creérselo. Otro se lanza contra un hombre ya mayor, lo arrastra al suelo y le arranca un pedazo de carne del estómago de una dentellada. El humo le hace toser. El hedor de la carne quemada le inunda las fosas nasales mientras sus oídos se aturden con los alaridos de los que han quedado atrapados en el interior del caney incendiado.

El horror, inesperado y bestial, inunda el mundo.

Oye más disparos, pero todo parece suceder muy lejos, como si le estuviera pasando a otra persona. No puede creer a sus ojos, a sus oídos, a su olfato. No puede ser cierto. ¿Por qué? ¿Qué motivos tienen aquellos extranjeros para matar a su pueblo si nada les han hecho, si ningún mal les han causado?

Ante él aparece uno de los diablos extranjeros. Un tipo bajo y grueso, con una barriga prominente y unos ojos saltones. Tiene una cicatriz que le cruza la barba hasta los labios y una expresión de crueldad que lo paraliza. Lleva en la mano derecha una espada que gotea sangre. Al fijarse en que Guarocuya está mirándolo, el soldado le sonrío, mostrándole una boca de dientes negros. Se dirige hacia él, lo agarra del pescuezo con una manaza de dedos cortos y gruesos y se dispone a hincarle la punta de la espada en el vientre. Guarocuya está tan trastornado que no reacciona. Se queda ahí, de pie en medio de una vorágine de muerte y dolor, entre los aullidos y el hedor de los quemados, contemplando con los ojos abiertos el acero que se le viene encima. Comprende que su goeíza, su espíritu, se dispone a viajar a Coaybay, el paraíso al que todos los taínos van tras la muerte. Traga saliva y reza una silenciosa oración a la Gran Madre Atabey.

—¡Deteneos, Vasco! ¡Ese es el hijo del cacique Magiocatex, lo vi con su padre en el interior!

Guarocuya no entiende esas palabras. Todavía no comprende el lenguaje de aquellos diablos del mar. Todavía no sabe que, durante muchos años, él mismo utilizará esa lengua extraña. Pero ve que la espada se detiene y se da cuenta de que no va a morir. El diablo extranjero gruñe algo y escupe al suelo. Después, el individuo lo arrastra del pescuezo, sin esfuerzo aparente, hasta que se topa con uno de los hechiceros vestidos de negro.

—Ahí lo tenéis, fraile. El hijo de Magiocatex.

El behique le pone la mano en la cabeza y Guarocuya piensa que le va a soltar un hechizo, pero no pasa nada. Solo se queda allí, con la mano del fraile en su cabeza, contemplando cómo los extranjeros asesinan a los caciques de Jaragua y exterminan a su pueblo.

Los ojos se le llenan de lágrimas. Es incapaz de pensar. Su padre. Están matando a su padre. En su mente extenuada se repiten, una y otra vez, las palabras que este le ha dicho.

«Nos han roto el mundo».



2

La matanza de Jaragua fue real, muy real. Se produjo en 1503, apenas once años después de la llegada de los españoles a América. Fue ordenada por Nicolás de Ovando, que había sido nombrado gobernador de las Islas y Tierra Firme el 3 de septiembre de 1501 por el rey Fernando el Católico y llegado a La Española el 5 de abril de 1502.

Ovando, cuyo gobierno duró siete años, fue el instaurador del modelo de explotación española de América. Pacificó la isla por métodos tan expeditivos como el que acabo de narrar, desarrolló la explotación minera del oro (la principal obsesión de los españoles en esos primeros años de la conquista), importó los primeros esclavos africanos, introdujo el cultivo de la caña de azúcar e instituyó el sistema de encomiendas, que repartía a los taínos como si fueran ganado entre los conquistadores españoles y los obligaba a trabajar para ellos a cambio de una evangelización que ni querían ni habían solicitado. Fue él quien impuso la servidumbre al pueblo taíno.

Hoy Ovando es un completo desconocido para el común de los españoles (salvo entre historiadores, eruditos varios